

ARTÍCULOS RESEÑA

LA CONFIGURACIÓN DEL HÉROE

(*La carta esférica* de Arturo Pérez-Reverte)¹

DIEGO MARTÍNEZ TORRÓN

Leer a Pérez-Reverte es plantearse el sentido de la novela a principios del siglo XXI, abriendo el milenio. En efecto parece obvio que a estas alturas el concepto mismo de Literatura parece haber cambiado y es preciso adaptarse a él, con la dignidad con que lo hace el autor que comentamos.

En la época existencialista el artista buscaba una obra auténtica, escrita en la soledad y desde una perspectiva metafísica que se ocupara de los grandes problemas de la vida humana. En la época recién periclitada del estructuralismo y la semiótica, la literatura buscaba el constructo lógico de lenguaje, el juego de los planos narrativos, la importancia del armazón lingüístico. Hoy la Literatura se debe a un complejo entramado de masas lectoras movidas por instrumentos mediáticos: el cine es sobre todo cine de acción, nunca lírico; la novela se basa en tramas policiales, es entretenimiento más que planteamiento de problemas o expresión de mensajes artísticos; la poesía se recluye en el ámbito cerrado de las referencias culturalistas y, como máximo, experienciales, pero girando siempre en torno a lo cotidiano. Vivimos la democratización del arte, su masificación. Naturalmente la vitalidad de los artistas hará cambiar estos signos en breve, y tal vez —frente a la influencia norteamericana— se vuelva al concepto de arte que se cimentaba en la vieja cultura europea, con una necesaria renovación de planteamientos.

¹ Madrid: Alfaguara, 2000.

Leyendo por tanto a Pérez-Reverte, se saca la conclusión de que el artista de hoy, sin ceder a la exigencia estética, debe salir de sí mismo y adaptarse al universo mediático y masificado. Pero nuestro autor lo hace con gallardía, enlazando como veremos con una tradición idealista muy hermosa, siguiendo los pasos de la mejor novela de aventuras, género que él dignifica literariamente. Porque la novela de Pérez-Reverte, escrita para un público de masas, posee al mismo tiempo, como veremos enseguida, una gran calidad literaria, y es un auténtico paradigma de los nuevos tiempos. Algo semejante le ocurrió en su tiempo a Vicente Blasco-Ibáñez, por poner sólo un ejemplo.

De entrada hay que destacar la importante acumulación de información sobre cada uno de los temas que toca, pero que está muy sabiamente diluída y distribuida a lo largo de la novela, sin hacerse onerosa. Sus dotes como reportero le han servido para este acopio de documentación, que se dosifica sabiamente en la obra, mostrando su saber sin ninguna pedantería, sean conocimientos de cartografía o del rico vocabulario marino plenamente engarzados al decurso de la trama.

La carta esférica es una novela de aventuras, en la que se nos muestra el retorno del héroe —Coy—, un héroe vencido, derrotado, un perdedor al mismo tiempo lleno de fuerza y capaz de una ternura inmensa en su relación con la pareja, que es una relación de camaradería, capaz de amar hasta el límite, ilusionado por el personaje femenino de Tánger Soto. Coy, Tánger, el Piloto, hasta el malvado Palermo —que muestra su lado humano— son personajes que crecen en nuestra imaginación como sólo lo hacían en los libros de aventuras que leíamos cuando niños. Es también por tanto una historia de amor, con el mar como fondo, de una belleza imborrable, que muestra la relación entre un marino agotado y una mujer fascinante, fría y atrayente, a la que se relaciona con estrellas del cine como Verónica Lake o Lauren Bacall. Porque Pérez-Reverte completa las magníficas y breves descripciones de su novela —muy modernas y sucintas— con múltiples referencias a obras del cine clásico, y a la literatura de aventuras.

Siempre he pensado que la mejor literatura española es la idealista, dotada a la par del sentido de realidad —el dualismo eterno de Don Quijote y Sancho, que caracteriza al espíritu español—. En esta novela aparece muy claramente sentido ese amor por la propia tierra y la personalidad española, sin nacionalismos

burdos y atávicos. Están las hermosas descripciones de Cádiz, de la Cartagena natal de Pérez-Reverte, de tantos puntos de la geografía española, que parece que estamos *viendo* a través de las páginas de la obra. Y los personajes están también profundamente insertados en su país, para bien y para mal.

Y al fondo, el mar: un personaje impasible, inenarrable, pero siempre presente con su misterio salvaje y fascinante, como salvaje y fascinante es la atractiva protagonista —Tánger Soto— que completa el círculo en el que se desenvuelve el gigantesco personaje del héroe roto, del marino Coy.

Frente a otras obras del autor, aquí la acción transcurre lenta y demorada como en un film de Hitchcock, lo que permite al narrador mostrar la excelencia de su estilo, y retratar a los personajes, hacer que el lector los ame profundamente del mismo modo que parecen amarse entre ellos, en la camaradería del mar y la aventura.

Otro aspecto a señalar es la admirable construcción narrativa de la obra. Nuestro autor siempre ha hecho gala de esta capacidad, y remito por ejemplo a *El Club Dumas*. Aquí roza la perfección suprema. Mediante una sabia dosificación del misterio, la obra se sigue con auténtica pasión, con renovado interés. Todo va encajando paulatinamente hasta el desenlace, como las piezas de un puzzle construido con sumo cuidado. El lector siente así todo el encanto de la aventura, sumido en el universo proceloso de unos personajes que crecen de página en página.

Hay a lo largo de toda la obra una cierta melancolía, una nostalgia por el tiempo ido, el de las aventuras marinas que sólo se pueden revivir actualmente, nos dice, mediante la navegación a vela. Y apostillo en este sentido que nada más cierto, quien lo vivió lo sabe. Evocación por tanto del mar como era antes (p. 431), en contra de la técnica que impide la aventura (pp. 433-34). «La única posibilidad de que el mar siguiera pareciéndose al mar era un velero (...)» (p. 436).

El tema del amor es de suma importancia en esta obra (pp. 449-53, pp. 469-71, pp. 504-9 etc.). El amor, se nos dice, puede desaparecer un día (pp. 547-48), pero al mismo tiempo se nos muestra la esperanza de que perviva (pp. 548-52).

Hay en el narrador Pérez-Reverte, y en el protagonista Coy, una hermosa fascinación por la mujer (ej. pp. 339-40). Así en la página 536:

«Entonces ella despertó, y con ella despertaron todas las mujeres del mundo. Despertó tibia y soñolienta, el cabello revuelto y pegado a la cara cubriéndole los ojos, la boca entreabierta...»

La novela va elevando el vuelo de capítulo en capítulo, al hilo de hermosos diálogos (ej. de éstos pp. 391-93), llevados al ritmo de los sentimientos de unos personajes de grandeza humana admirable. Más importante que la trama que se desarrolla al fondo es el dibujo de estos protagonistas, su camaradería, el sentido que poseen de la vida. Véanse las conversaciones de los dos amigos marinos (pp. 328-36, pp. 409-13) en las que se refieren a la mujer:

«—Oye, Piloto. Los hombres vamos por la vida a trompicones, de aquí para allá... Solemos envejecer y morir sin comprender bien lo que pasa. Pero ellas son distintas.

(...)

—Hablo en serio. Ellas son distintas. Lúcidas como si la lucidez fuera una enfermedad, ¿comprendes?

—No.

—Es algo genético... Hasta a las estúpidas les pasa.

(...)

—Están ahí calladas, mirándonos -prosiguió Coy-. Llevan siglos mirándonos, ¿comprendes?... Han aprendido mirándonos.

Se quedó callado, y el Piloto también (...) El agua estaba tan quieta que parecía sólida.

—Ésta es peligrosa —dijo por fin el Piloto—. Como ese mar donde se atrancaban los buques hasta pudrirse...» (pp. 409-10).

El amor es así la auténtica aventura (p. 425):

«(...) Y Coy vio que el agua fría erizaba la piel en el cuello y los brazos desnudos de la mujer; y que ésta, vuelto el rostro hacia él, más cerca de lo que había estado nunca, sonreía de un modo extraño, muy feliz y muy dulce, como si por alguna razón le debiera a él ese momento. Las salpicaduras de agua multiplicaban hasta el infinito las manchas de su rostro, y la boca se entreabría como si fuese a pronunciar palabras que ciertos hombres esperan escuchar desde hace siglos.»

Hay magníficos diálogos en tierra entre Tánger y Coy, cuando el amor les ha fundido (pp. 427-40). Cuando hablan de la muer-

te, ella manifiesta que quiere que cuando vaya a morir, cuando vaya a realizar ese viaje inaplazable que se hace siempre solo (p. 438), él la tome de la mano.

En fin, en ese recorrido evocador por la profesión del marino, que se realiza en toda la obra, se muestra que efectivamente los marinos del siglo XVIII en que se produjo el naufragio son en realidad los mismos de finales del siglo XX en que se desarrolla la trama. Por ello confluyen las dos historias: la del galeón hundido y la de los buscadores de tesoros.

Quiero indicar finalmente que Pérez-Reverte sigue creciendo como narrador, y que lo ha hecho de manera admirable en esta novela. Espero también que continúe la saga del Capitán Alatríste, un personaje que puede aprender de la profundidad humana con que ha dotado a Coy. Alatríste y Coy tienen en común el ser hombres de aventura —marino y soldado—, que viven la decadencia, que luchan por la supervivencia personal. Y la bella historia de amor adolescente entre Íñigo, el escudero de Alatríste, y la pérfida niña Angélica, parece tener prolongación en la de Tänger y Coy en esta novela. En la serie del capitán Alatríste, Pérez-Reverte nos muestra el inicio de la decadencia del imperio español —la decadencia es el tema de nuestro autor en ambas novelas—, pero lo hace también con una visión entrañable en la que se muestra su admiración por la grandeza humana que rodeó a esa época —¿cómo si no, explicarse la rica cultura que nos ofrecieron esos dos siglos en España?—. Deseo que nos siga haciendo disfrutar con esa saga pues en ella Pérez-Reverte ha tenido la valentía de abordar un tema histórico sin complejos.

Creo que Arturo Pérez-Reverte, y Antonio Muñoz Molina —*El jinete polaco* sobre todo— son los dos autores que más claramente exponen el nuevo decurso de la novela española en el inicio de este siglo; dos de los más modernos y auténticos creadores en un brillante conjunto de nombres —que no voy a mencionar, aunque fácilmente podría hacerse— que son muestra de la rica narrativa española en los últimos años.

Tänger Soto, la muchacha de la trama, y Coy, son dos auténticos personajes de leyenda. Y con su historia Pérez-Reverte nos sumerge en un sueño, ha construido una novela que se lee flotando, que crece además de página en página hasta el final.

La carta esférica es por tanto la novela más lírica, intensa y perfecta de Pérez-Reverte, en la que parece haber aprendido la

lección de lo que constituye la literatura de masas del nuevo milenio, pero dotándola de gran calidad literaria, de gran belleza. Frente a ella no cabe ya la experimentación aburrida, o la exhibición fatua de barroquismos formales.

Es así cómo se nos demuestra que hoy día la novela tiene que ser otra cosa, tiene que enamorar al lector del mismo modo que se enamoran sus personajes entre sí. Eso es lo que ha hecho Pérez-Reverte en esta inolvidable historia de mar y aventuras, construyendo una hermosa mentira que nos fascina de principio a fin.